

que si la guerra hubiera de seguir ¿quién podría predecir el resultado final? Además, se ponía término al conflicto en el punto y hora en que la estrella japonesa llegaba al cenit; ¿permanecería en este punto ó declinaría hacia el ocaso? Y, por último, no humillando á Rusia no se encendería en este imperio un odio inextinguible ni el deseo del desquite, y la paz resultaría más duradera y permanente que con el vencimiento de Rusia.

La aceptación de todas las condiciones japonesas hubiera puesto término glorioso á la campaña; pero rechazándolas los rusos, no cabía otro partido que el de proseguir luchando; y ¿quién podría predecir el resultado de otra batalla? ¿Sería capaz el Japón de seguir oponiendo ejércitos á los que paulatinamente y sin notorio esfuerzo iría embarcando Rusia en el transiberiano? Herida en lo vivo esta potencia ¿qué ocurriría cuando á la vuelta de seis ó siete años resurgiera la armada rusa, se duplicara ó triplicara la capacidad de transporte de la vía férrea de la Siberia, y el ejército y la marina hubiesen aprovechado las lecciones de esta guerra?

Paz gloriosa y acompañada de grandes ventajas materiales, se traduciría fatal é inevitablemente en otra guerra en un plazo próximo, y en la necesidad de aumentar hasta más allá de lo prudencial las fuerzas militares, marchando el Estado á la bancarrota. Una paz inmediata y modesta dejaba en buen lugar al Japón, no sería obstáculo á reanudar verdaderas relaciones de amistad con Rusia, y alejado el peligro por este lado podría el Japón dedicar sus energías á abrirse paso en la China.

A pesar de todo, el partido de la guerra predominó hasta días antes de reunirse en Portsmouth los plenipotenciarios. A principios de Agosto, el Mikado y los personajes más conspicuos de Tokio se declararon por la paz; y por este motivo se limitaron los poderes á Komura, jefe del partido exaltado, con el fin de evitar la ruptura de las negociaciones si aquel plenipotenciario se dejaba llevar de sus ideas y deseos. Pero es probable que ni el Mikado ni su gobierno se resolvieran á concertar una paz impopular que les debía enagenar las simpatías de las masas, á no haber intervenido con sus consejos, equivalentes á órdenes formales, la Gran Bretaña.

Gracias al apoyo de ésta el Japón encontró los recursos económicos que le fueron menester para la guerra; la alianza con Inglaterra contuvo á Alemania; cerró virtualmente á los rusos los puertos de la China, siendo causa de que las escuadras moscovitas llegaran medio vencidas al teatro de la lucha; permitió á los japoneses el aumento de su flota á raíz de haberse declarado la guerra; y guardó las espaldas al Japón, á la vez que sirvió para acumular obstáculos en el camino de Rusia. Sin el auxilio de la Gran Bretaña, ni el Japón hubiera ido á la guerra, ni, en caso de haberse roto las hostilidades, hubiera sido tan llana la misión de Togo.



General Dovbor Musnitsky,
jefe de la 1.ª brigada de la 1.ª división siberiana

La única potencia que puede infundir temor á Inglaterra es Rusia, porque no hay otra que esté en situación y condiciones de derrocar el colosal imperio británico de la India. El Japón, potencia insular, está ahora y seguirá estándolo muchos años á merced de las poderosas flotas británicas; y al mismo tiempo su numeroso y excelente ejército es el único capaz de tener sujeta á la China y de luchar en la India al lado de las tropas inglesas. Conviene por lo tanto á Inglaterra que el Japón, sin llegar á convertirse en gran potencia continental, desarrolle sus fuerzas militares y económicas para que en el momento oportuno pueda prestar un auxilio eficaz á Inglaterra. ¿De qué utilidad le sería á ésta la alianza con un Japón

empobrecido y sin ejército ó con el ejército destrozado? Ni tampoco le conviene á Inglaterra que el Japón logre grande expansión territorial en el continente, porque no tardaría entonces en degenerar en un rival tan temible como Rusia, y los intereses de los dos aliados en vez de ser comunes serían antagónicos.

Paralelamente á estas conveniencias, tampoco puede desear Inglaterra que á Rusia se le cierren por completo las puertas del Extremo Oriente, pues en tal caso la fuerza expansiva del Imperio del Norte rompería hacia el Asia Central y pondría en peligro la posesión de la India. Ni entra tampoco en los cálculos de Inglaterra que Rusia sea destrozada en lejanas empresas y deje de servir de contrapeso á Alemania, poniendo á este imperio en libertad para desatar la hostilidad encubierta que siente contra Inglaterra. Importa á los astutos políticos de Saint James que Rusia sea una gran potencia occidental, y que escarmentada en el Extremo Oriente, pero no humillada, abandone todo afán de aventuras en Asia.

En una palabra, Inglaterra deseaba el desarrollo relativo del Japón y el triunfo también relativo de sus armas; y la derrota relativa de Rusia, pero no el triunfo definitivo de ninguna de las dos potencias. Hace varios meses que los sucesos del Extremo Oriente habían conseguido este resultado, por lo que al ejercer su iniciativa el Presidente Roosevelt, Inglaterra se apresuró á aconsejar al Mikado que aceptase la proposición, y en efecto el Mikado declaró su conformidad mucho antes que Rusia. La tenacidad del Czar puso en peligro la conclusión de la paz; no quedó otro recurso para lograrla que ceder el Mikado, y en este sentido trabajó Inglaterra con el éxito que todos conocemos.

Ciertamente que ni el gobierno de Londres ni el de Tokio han hecho públicas las gestiones diplomáticas de la Gran Bretaña, ni las entregará nunca á la publicidad, entre otros motivos porque no rebasaron la esfera de lo confidencial y se concretaron en particular á advertir al Japón que, si continuaba la guerra, Inglaterra se negaría á seguir facilitando dinero. Pero existen varios indicios que demuestran el papel juzgado por el Gobierno inglés en este asunto, y entre ellos uno que ha llamado la aten-

ción de cuantas personas siguen con interés el curso de la política internacional.

No hace más de cuatro ó cinco meses los periódicos británicos más acreditados é influyentes debatieron en sus columnas la cuestión de la publicidad que la prensa debiera dar á las noticias de la guerra; y todos se manifestaron conformes en que los periodistas ingleses poseían sobrado talento y discreción para interpretar discretamente las indicaciones del Gobierno y de las autoridades militares, dejando de publicar todo lo que pudiera ser perjudicial á la patria y extendiendo el conocimiento de lo que le fuera ventajoso. A este respecto, recordaron la conducta de esa misma prensa durante la guerra del Transvaal y en otras campañas recientes, y aunque veladamente hicieron algunas confesiones de su proceder en sucesos históricos pasados, confesiones y proceder que debieran tener presentes esas innumerables personas que se dejan guiar por los periódicos ingleses, á los que miran como oráculos. Pues bien, esos periódicos que así descubrieron los móviles de algunas de sus campañas, han venido ponderando, desde Febrero de 1904, las fuerzas militares del Japón, en número, espíritu, capacidad, instrucción y disciplina, y deprimiendo á las rusas; poco menos que á diario aparecían en los periódicos, estudios muy bien hechos, aunque falsos, en que se demostraba que los ejércitos nippones eran y serían siempre muy superiores á los que Rusia podría poner en la Mandchuria; que el Japón abundaba en recursos y la prosperidad interior corría parejas con las nunca igualadas victorias de Oyama, etc., etc.; y se pintaba á Rusia como nación primitiva y semisalvaje. Súbitamente, el 25 de Agosto, insertaron esos periódicos artículos no menos elocuentes ensalzando al ejército ruso, expresando cuán difícil era vencer á Rusia, revelando que el efectivo que á sus órdenes tenía Linevitch superaba al de Oyama, y aconsejando moderación y templanza á los japoneses. Esta campaña periodística no terminó hasta el día 30; cada periódico llevaba publicados uno ó dos artículos reflejando el nuevo é imprevisto cambio de actitud. ¿Qué aconteció para una modificación tan radical en la conducta del cuarto poder inglés? Sencillamente, las gestiones del Gobierno tropezaron en Tokio con dificultades,



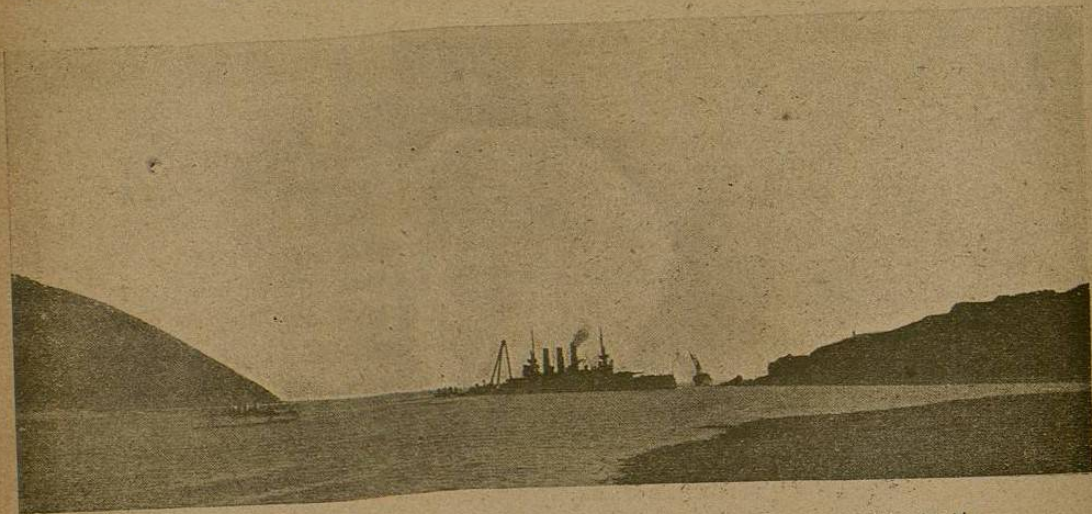
CARGA DE COSACOS DURANTE LA ALGARA A SIN-MIN-TUN

(Cuadro de Morata)

y fué menester acudir á la prensa para que diera un toque de atención á sus aliados; las indicaciones, ligerísimas, oficiales, fueron discreta y hábilmente interpretadas, dicho sea en honor de aquellos periodistas.

**

El Presidente Roosevelt no se limitó á desempeñar el papel platónico de rogar é implorar al Czar y al Mikado; hizo mucho más y contribuyó á que la voz de Inglaterra fuese escuchada. Por medio de su embajador en San Petersburgo y también por un emisario que visitó á Vitte, Mr. Roosevelt hizo saber á Rusia que si no se ajustaba la paz los capitales norte-americanos no tomarían parte en ningún empréstito ruso. No



El «Retvisan», en Port-Arthur, en el momento de ser anegado por su tripulación

sabemos la respuesta del Czar, pero si la de Vitte, quien con la mayor indiferencia repuso que Rusia no tomaría dinero á crecido interés, ni necesitaba acudir al crédito extranjero. Fracasado este paso, Mr. Roosevelt hizo saber á Kaneko, representante financiero del Japón en América y hechura de Ito, que los Estados Unidos no facilitarían un solo céntimo si no se ajustaba la paz, pero que si se llegaba á una solución pacífica, el Japón tendría las mayores facilidades para encontrar los capitales que le hicieran falta. Sabido es que Kaneko gestionaba la colocación de un nuevo empréstito, á la vez que auxiliaba y cooperaba á las gestiones presidenciales en favor de la paz. ¿Qué iba á hacer el Mikado sin el auxilio financiero de Inglaterra y los Estados Unidos, y en presencia de una campaña más

larga y difícil que la pasada? Ceder; y el Mikado cedió.

**

Esta es la historia íntima de lo acontecido. No hay que hablar, por consiguiente, de la magnanimidad y alteza de miras del Japón, ni ensalzar su prudencia y sus sentimientos humanitarios. Ha transigido y hecho concesiones porque le era imposible en las circunstancias actuales continuar la guerra. Todas las gestiones del Presidente Roosevelt se practicaron previo el conocimiento que de las mismas se dió á Tokio y de acuerdo con el Gobierno japonés. No por falta de deseos, ni por altruismo, ni por un alto sentido político, ha puesto el Japón término al conflicto, sino por falta de medios.

Tampoco hay que exagerar el triunfo diplomático de Rusia. El Czar se ha visto cogido en las redes que tendió á los japoneses, y sufrió una amarga decepción al ver aceptados sus ofrecimientos. Seguramente ahora deplora haber cedido la mitad de Sajalin.

Ito y Vitte, y con ellos el partido de la paz ruso y japonés, en primer término, y en segundo Roosevelt, han sido los verdaderos triunfadores á quienes la humanidad debe hayan cesado los inútiles derramamientos de sangre en la Mandchuria (1).

(1) La abundancia de originales nos obliga á dejar para el *cuaderno* siguiente la conclusión de este artículo, en donde se describe lo ocurrido en la última sesión celebrada por los plenipotenciarios. Por la misma razón no damos cabida en este *cuaderno* al extracto del Tratado de Paz.—(Nota de la D)

TELEGRAMAS DE FELICITACIÓN CON MOTIVO DEL TÉRMINO DE LA GUERRA

El telegrama en que Vitte dió cuenta al Czar del feliz resultado de las negociaciones, dice así:

«Tengo el honor de participar á Vuestra Imperial Majestad que el Japón ha aceptado Vuestras demandas relativas á las condiciones de paz, y que, por consiguiente, se logrará la paz, gracias á Vuestra sabia y firme decisión, y en estricta conformidad con las instrucciones de Vuestra Imperial Majestad. Rusia continuará siendo en el Extremo Oriente la gran potencia que ha sido hasta aquí y que será eternamente. En la ejecución de las órdenes imperiales hemos puesto toda nuestra inteligencia y nuestro amor á Rusia. Suplicamos á Vuestra

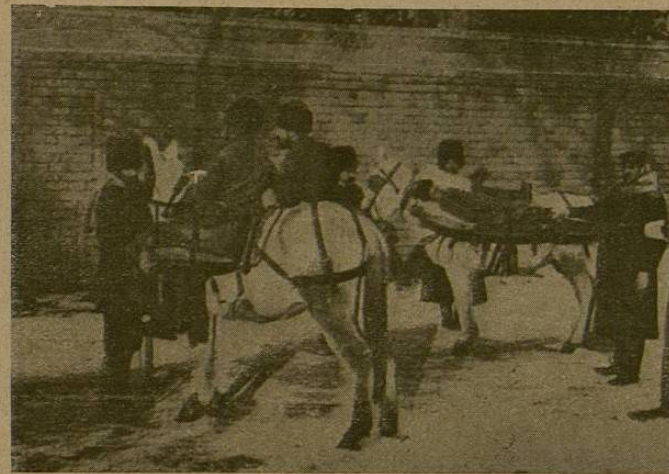
sobre los preliminares de la paz. Henchido de júbilo os envío mis más sinceros parabienes. Este grande éxito se debe á vuestros incesantes esfuerzos, y toda la humanidad, unida, os agradecerá la grande obra que habeis realizado.»

El Presidente de la República Francesa al Presidente Roosevelt:

«Vuestra Excelencia acaba de prestar á la humanidad un excelente servicio, por el cual os felicito cordialmente. La República Francesa se regocija del papel que su hermana de América ha desempeñado en este histórico suceso.»

El Czar al Presidente Roosevelt:

«Aceptad mi enhorabuena y mis gracias sinceras por haber llevado á feliz término las negociaciones de paz, gracias á vuestros



Transporte de heridos en la Mandchuria

Majestad nos perdone si no hemos sido capaces de hacer más.»

El Czar recibió este telegrama al regresar á Peterjoff desde Biorjoe donde pasó el día 29 inspeccionando las obras de un crucero en construcción, y al punto telegrafió al plenipotenciario felicitándole y dándole las gracias. La circunstancia de que este despacho no fuera expedido desde San Petersburgo ni pasara por el Ministerio de Estado, dió origen al rumor, acogido en los primeros momentos, de que el Czar no se había dignado contestar á Vitte.

El Rey de Inglaterra al Presidente Roosevelt:

«Permitidme ser uno de los primeros en felicitaros por el feliz término de la Conferencia de la Paz, al cual tanto habeis contribuido.»

El Emperador de Alemania al Presidente Roosevelt:

«Acabo de recibir un cable de América anunciándome el acuerdo de la Conferencia

enérgicos y personales esfuerzos. Mi pueblo reconocerá con gratitud la gran parte que habeis tomado en la Conferencia de la paz, de Portsmouth.»

El Mikado al Presidente Roosevelt (Telegrama expedido el 3 de Septiembre.)

«He recibido con gratitud vuestro mensaje de felicitación transmitido por mis plenipotenciarios. Os doy las gracias más cordiales. Atribuye á vuestros desinteresados y continuos esfuerzos en favor de la paz y de la humanidad, todo el alto aprecio que se les debe. Os expreso las gracias por la relevante parte que habeis tenido en el establecimiento de una paz fundada sobre los principios esenciales á la prosperidad y tranquilidad permanentes del Extremo Oriente.»

El Presidente Roosevelt á Vitte:

«No encuentro palabras, bastante expresivas para felicitaros, así como á todo el mundo civilizado, por el acuerdo que habeis logrado con los plenipotenciarios del Japón;

y por el hecho de que se haya alcanzado una paz justa y honrosa para ambas partes.»

El Presidente Loubet al Czar:

«Dirijo á Vuestra Majestad mis ardientes felicitaciones por el gran suceso que Vuestra alta sabiduría ha permitido realizar. Francia, la aliada de Rusia, celebra ver terminada por una paz tan honrosa una guerra marcada por tantos hechos heroicos.»

El Presidente Loubet al Mikado:

«Felicito á Vuestra Majestad por el gran acto de sabiduría y humanitarismo que acabais de cumplir.»

El Emperador de Austria al Czar:

«Me entero con viva satisfacción de la conclusión de la paz, cuyas condiciones dejan á salvo intactos el honor y el prestigio de tu imperio. Permite que te felicite de todo corazón por este feliz resultado.»

El Emperador de Austria al Mikado:

«Ruego á Vuestra Majestad acepte mis felicitaciones más sinceras por la conclusión de la paz, cuyas condiciones constituyen un hermoso ejemplo de moderación, que honra al Japón.»

El Emperador de Austria al Presidente Roosevelt:

«Con motivo de la paz que acaba de estipularse, me apresuro á ofrecer, Señor Presidente, mis amistosas felicitaciones por vuestra fructuosa mediación. Quiera Dios que el regocijo y el beneficio general que esta paz han producido, perduren largos años.»

SERVICIOS DE LA CABALLERÍA DEL EJÉRCITO DE LA MANDCHURIA

(Conclusión)

La patrulla se echa á un lado tratando de ocultarse. Cada disparo produce una línea luminosa, ígnea, que antes de extinguirse da lugar á otra igual.

—Conviene no hacer ruido—piensa el corneta, y espera, apretando su cuerpo contra el muro, que se prolonga á lo lejos.

Los japoneses procuran envolver la patrulla, á la carrera; el tiempo transcurre; de pronto la patrulla oye un ruido sospechoso.

—Vuestra nobleza, Darjief que estaba allá lejos, ha oído voces. Hay que recurrir á los caballos.

—Es preciso obrar—dijo el corneta, indeciso y vacilante.—Es preciso obrar....

¡Pero, en aquellas circunstancias, obrar era correr á una muerte segura! Sin embargo, aunque había perdido la esperanza, el corneta ordenó que fuesen recogidos los heridos y, si era posible, también los muertos.

Dos cosacos se acercan y dicen:

—Nosotros partiremos juntos para reunirnos con Darjief.

La violencia de la fusilería disminuyó.... La noche era apacible y dulce. El ruido de los disparos repercutía en las dormidas montañas, en los tranquilos valles, contrastando con el silencio de aquellos lugares. El tiempo transcurría con infinita lentitud. A manera de gusanos de luz se mostraban los faroles japoneses en las montañas, arras-



Transporte de heridos á caballo

trándose por las laderas, y envolviendo á la patrulla. No se oía el ruido de voces, pasos.... nada; todo estaba en silencio.

De pronto adquiere nueva viveza el tiroteó y silban las balas otra vez. Las ramas rotas vuelan sobre la cabeza del corneta, y se oye el ruido de las balas al chocar contra las tejas de las cubiertas de los fanz, encima de donde se encuentran algunos cosacos.

Oyéanse pasos. Suenan voces cada vez más cerca, estentóreos gritos de ¡*banza!* mezclados con ayes de agonía....

Cogiendo por la cabeza y las piernas á los heridos, así como á Darjief, que ha sido muerto, los nuestros huyen por las calles perseguidos por los japoneses. Atravesado sobre la silla, á la que está sujeto, el cuerpo de Darjief es sacudido con violencia por los bruscos movimientos de la

carrera del caballo, que escapa por detrás de los fanz.... Las balas le persiguen.

—¡Ah! no puedo más.... me quedo sin fuerzas.... ¡me han herido!—exclama uno de los cosacos.—Me abandonan las fuerzas, no puedo seguirlos.

Los cosacos guardan silencio. Por último llegan al extremo del pueblo y se alejan de aquellos lugares.

—¿Qué hacemos?

—Seguir marchando. ¡Cuidado con los muertos y heridos!

De nuevo la pequeña tropa se pone en marcha, protegida por las tinieblas de la noche, que en esta ocasión infunden sobresalto en los cosacos.

Al hacerse de día, el cuerpo de Darjief y de las demás víctimas recibe sepultura, en tanto que sus camaradas entonan ininteligibles plegarias, con sus roncas voces. Después la patrulla prosigue su marcha, ora á pie, ora á caballo.

¡Ha dado cima á un servicio casi tan inútil como espinoso!

Con un adversario tan astuto y vigilante, bien instruido y diligente, no es tarea fácil la de procurarse noticias; el más insignificante dato cuesta muchas vidas.. Esta es la principal labor de nuestra caballería.

III

Algunas veces nuestra caballería ha operado en fracciones más numerosas contra la retaguardia del enemigo. Las principales algaras que ha ejecutado han sido tres: la que realizó el general Michtchentko en Corea, en Febrero y Marzo de 1904; la incursión á Ynku en Diciembre y Enero, y últimamente la llevada á cabo en la Mongolia. Las tres fueron de escasos resultados.

¿Puede decirse que nuestra caballería permanece ociosa?

En la algará efectuada en Corea, nuestra caballería tuvo que operar hábilmente, porque el problema no era de número, sino que precisaba internarse más allá de la frontera, en pleno territorio enemigo, para difundir la alarma en el país, destruir las comunicaciones, saquear los depósitos é interrumpir el curso regular de la concentración del enemigo. Para desempeñar estos cometidos fué designado un destacamento de caballería con artillería á caballo, que

conocía muy bien el terreno, perfectamente estudiado en tiempo de paz.

A Corea fueron tres regimientos de cosacos del transbaikal, de los cuales una tercera parte acababan de ingresar en el servicio; los forrages para el ganado eran muy malos á causa del invierno. El destacamento no poseía cartas ni planos del país. Toda la columna marchó por el mismo camino. El plan consistía en llegar á Seul en los primeros días de Febrero (1), si era posible; pero á 60 verstas de Seul, el general Michtchentko recibió la orden de no arriesgar su caballería, única de que entonces disponíamos, por lo cual retrocedió hacia el Yalú. Cuando el destacamento llegó á la referida distancia de Seul, no pasó adelante y se dirigió hacia el río Chon-chong, porque los japoneses avanzaban en fuertes columnas de infantería y caballería; el destacamento del general Michtchentko era demasiado débil y tuvo que retroceder ante el temor de ser cortado del Yalú; por haber llegado la época del deshielo fué menester atravesar el río á nado.

Después de esta incursión en Corea, nuestra caballería fué empleada en pequeñas algaras y reconocimientos, ó en cubrir nuestra retirada, vigilando y batiéndose abnegadamente en las trincheras con la carabina en la mano.

En la algará á Ynku no se cosecharon los laureles que muchos se prometían. De ordinario, esos movimientos de la caballería deben tenerse secretos, y su principio ó su conclusión coincidir con una batalla general. La excursión á Ynku, precisamente á Ynku, fué comunicada al ejército en el mes de Septiembre. Por este motivo nuestra caballería operó en malas condiciones, y muy probablemente los japoneses tuvieron noticia de lo que se proyectaba, porque ocuparon con fuerzas importantes y vigilaron aquella zona, poniendo guarniciones en los pueblos y guardando el camino de Mukden á Ynku, defendido por una especie de fuertes destacados. Todas estas circunstancias fueron poco favorables al éxito de la operación. Para que los jinetes siberianos, del transbaikal, de Orenburg, del Ural, del Cáucaso, de línea y dragones, pudiesen llegar hasta la retaguardia del enemigo, se

(1) Nótese que el calendario ruso atrasa trece días con relación al nuestro.